

SOBRE LA FORMACIÓN DEL HISTORIADOR EN VENEZUELA

Germán Carrera Damas



Germán Carrera Damas

Una larga e intensa experiencia en la docencia y la investigación históricas me incita a hacer algunas consideraciones sobre la formación del historiador en Venezuela. Pretendo, por consiguiente, legitimar mis reflexiones basándolas en 25 años de profesorado, en los diversos niveles, desde el primer año hasta el doctorado; en el haber recorrido toda la escala administrativa de una escuela universitaria de historia, desde la inicial designación como auxiliar de investigador hasta la Dirección de la Escuela; en el haber recorrido todo el ciclo académico, desde el rango de instructor hasta el de profesor titular III, -es decir la categoría más alta-; y en el haber publicado cerca de cuarenta obras, además de haber colaborado en otras tantas. Sin embargo, no son estos los títulos que mejor avalarían mi pretensión; más importante, para este caso, es el haber participado, junto con un grupo de jóvenes profesores y alumnos, en una vasta y sostenida empresa de reforma de los estudios históricos en mi país, de lo cual se da testimonio en mi obra *La renovación de los estudios históricos* ("El caso de Venezuela". Colección Sepsetentas. México, Secretaría de Educación Pública, 1976).

La orientación básica de nuestra empresa renovadora emanaba de dos postulados, extraídos de nuestra experiencia como alumnos y como profesores, y de una permanente valoración crítica de la historiografía venezolana, de la enseñanza de la historia y del conocimiento histórico requerido por la conciencia social del venezolano, en momentos cuando nuestra sociedad iniciaba la construcción del régimen político democrático, es decir: en 1961. Vale la pena detenernos un poco en estas aseveraciones.

Nuestra experiencia, como alumno y como profesor, había significado el acomodo resignado, pero crecientemente incómodo, a una enseñanza que se aferraba a la concepción de la historia como un conocimiento humanístico, más cercano de las bellas letras que de las ciencias sociales. Sobre esta base se desarrollaban programas de estudio de corte tradicional, cuya caracterización sintética sería la de que estaban más dirigidos a inculcar saber histórico que a la formación del sentido histórico. Obviamente, nuestro desempeño como docentes de la historia quedaba, entonces, encuadrado en este modelo, causándonos gran insatisfacción y angustia porque día a día aumentaba la convicción de que seguíamos un camino carente de significación científica y, dadas las circunstancias sociopolíticas, de muy escasa justificación social.

La enseñanza de la historia de la que habíamos sido pacientes, y que ahora nos veíamos llamados a perpetuar, aunque reticentemente, se correspondía con una historiografía que ni siquiera había alcanzado el alto nivel técnico y metodológico, ya codificado, de la historiografía europea a fines del siglo XIX. La narrativa de los acontecimientos militares y políticos, con marcada preferencia por los primeros, desembocaba en el cultivo de una historiografía basada en el culto a los héroes y en especial en el rendido a Simón Bolívar.

La historia así escrita, y de esa manera estudiada y enseñada, era la cantera de la cual habían sacado sus materiales ideológicos todas las modalidades de dictadura que había padecido la sociedad venezolana, desde que se constituyó definitivamente como Estado independiente, en 1830. Vivíamos, al iniciarse la década de 1960, un proceso social y político que interpretamos entonces —con acertado sentido histórico—, como el inicio de la institucionalización del régimen político democrático, llamado a cerrar el período de las dictaduras. Esta convicción nos llevó a pensar que la transformación de la sociedad, que se realizaba en los órdenes social y político, sólo sería perdurable y auto-sostenida si la conciencia política que regía esa transformación se fundaba, igualmente, en una renovación de la conciencia histórica del venezolano.

Habría resultado poco menos que obvio el concluir que tal renovación debía procurarse mediante el inductivismo democrático. Pero no fue así. Entendimos que una genuina conciencia histórica democrática sólo podría resultar del desarrollo científico vinculado con el estímulo formativo del sentido histórico, y que éste, a su vez, no podría tener otro fundamento que el fortalecimiento del espíritu crítico.

La renovación de la conciencia histórica debía, por consiguiente, resultar de un conocimiento histórico producido por el ejercicio de las dos grandes potencias de ese conocimiento, que son el sentido histórico y el espíritu crítico. Pero comprendíamos que la puesta en funcionamiento de esas potencias no podría alcanzarse, mediante un esfuerzo docente, si éste no se nutría de una reorientación en la concepción tanto del objeto de la historia como de la formación y los instrumentos empleados para procurar ese objeto.

Por esta vía llegamos a la formulación de los dos postulados a los que me he referido al comienzo, sin enunciarlos, y que ahora sintetizo considerándolos vigentes:

En primer lugar, la historia debe ser concebida como la ciencia social integral, porque reúne las contribuciones de las demás ciencias sociales en una perspectiva espacial y temporal, obediente al concepto de tiempo histórico, es decir un tiempo cuya esencial condición dinámica supera las convencionales separaciones en pasado, presente y futuro. En este sentido, el conocimiento histórico producido no sólo se robustece científicamente con esas contribuciones, sino que se promueve él mismo a niveles superiores de eficacia, como apoyo para los intentos prospectivos y como instrumento para servir, con otros, a la promoción del desarrollo social.

En segundo lugar, y consecuentemente con el primer postulado, el historiador ha de considerarse un científico social integral, y ha de ejercer su oficio como tal. Lo que significa que la formación del historiador debe estar orientada y organizada de tal manera que el producto sea una mentalidad poseedora de los basamentos del sentido histórico, resultantes del ejercicio formativo del espíritu crítico y de la familiarización operativa con las ciencias sociales básicas: sociología,

antropología y economía política, al igual que el manejo de un instrumental formado por los principios básicos del derecho, la geografía y la lectura e interpretación de la estadística. La psicología social pugna por incorporarse a este equipo. Al mismo tiempo, los cursos correspondientes a los procesos históricos, tanto nacionales como americanos y universales, al igual que los trabajos más específicos de seminario, deben ofrecer permanentemente campo para la aplicación crítica de la formación del historiador como científico social integral, en proceso de adquisición.

Fuertemente armados con estos postulados, los renovadores de los estudios históricos estábamos persuadidos de que el resultado final habría de ser un historiador científico social integral, capaz de desarrollar una aproximación histórico-crítica al conocimiento del hecho social, en concurso con las demás ciencias sociales y, por lo mismo, capaz de participar activa y plenamente en las tareas socio-políticas fundamentales, que son la formulación de políticas públicas y la elaboración de los planes consiguientes.

En suma, nuestro objetivo era la formación de un historiador capaz de desempeñarse participativamente en el proceso de reestructuración democrática de la sociedad venezolana, aportando una nueva conciencia histórica, adecuada para estimular la marcha de la sociedad y, por lo mismo, contribuyendo a cerrarle el paso a cualquier intento de retroceso.

* * *

El movimiento universitario para la renovación de los estudios históricos en Venezuela nació y se desarrolló como un auténtico proyecto científico y académico. Por lo mismo cabía esperar que se opusiesen a su marcha los sectores académicos, y extra-académicos, que veían correr peligro sus posiciones en la estructura escolar, y su audiencia en la opinión pública.

Esta reacción era perfectamente comprensible, pues significaba preservar modos tradicionales y eludir el tener que entrar en una competencia para la cual no estaban preparados, ni llegarían

jamás a estarlo. Cuando se discutía aún el proyecto del nuevo plan de estudios, Arturo Uslar Pietri publicó un artículo en el cual criticó el —para él incomprensible— proyecto de “una escuela de historia en la que no se estudia historia”. A su convocatoria respondieron quienes representaban lo más atrasado de la historiografía académica.

Pero tal reacción, esperada, no causó muchos estragos en el movimiento renovador. El daño mayor provino de fuente inesperada, y se expresó en dos vertientes. La fuente fue el repliegue que operaron sobre la Universidad Central de Venezuela los sobrevivientes de los movimientos guerrilleros y terroristas, que habían sido derrotados militar, policial y políticamente.

En el recinto autonómico de la Universidad encontraron un escenario propicio para ensayar, en una maqueta, lo que no pudieron realizar en el país. Lanzados al asalto de posiciones burocráticas y docentes, hicieron bandera de un movimiento de renovación, generalizado, en nombre del cual fueron demolidos fundamentales sectores de la institución universitaria, sin que pueda decirse, hasta el presente, que sobre sus ruinas fue erigido algo que merezca respeto académico o científico.

Una vertiente de este brote, inesperado, adverso al movimiento de renovación de los estudios históricos, consistió en que éste se vio arropado por un movimiento de renovación en gran escala, con el cual no había tenido ni podía tener nada en común, puesto que los objetivos respectivos diferían diametralmente.

La segunda vertiente de este brote consistió en que la situación de conjunto dio pie para que el movimiento académico y científico de renovación de los estudios históricos, fuese señalado como un proyecto ideológicamente sospechoso, si no llanamente reaccionario. Al no enarbolar el dogma marxista, en su versión más rudimentaria y agresiva, pero esgrimido como criterio científico único para el estudio de la historia, el proyecto renovador fue calificado de «positivista», con atropello de todo criterio serio de valoración.

De esta manera coincidieron en su enfrentamiento con el proyecto de renovación de los estudios históricos los académicos

tradicionalistas, enarbolando como bandera el más rancio tradicionalismo; y los pseudo-revolucionarios deseosos de ocupar posiciones burocráticas y académicas, enarbolando estos como bandera el dogmatismo marxista. Hicieron causa común en diversos escenarios y, conjuntamente, asediaron la Escuela y su proyecto hasta hacerlo inviable, pues se le cerraron todas las instancias de dirección y se le negaron los recursos administrativos imprescindibles.

* * *

Durante más de diez años se adelantó la demolición de lo logrado por el proyecto de renovación de los estudios históricos, en todos los órdenes. No obstante, subsistieron logros significativos, incorporados en la formación recibida por un grupo de jóvenes historiadores, cuya influencia se siente crecer en el ámbito de la investigación histórica, particularmente en lo concerniente a la apertura de nuevos campos y al desarrollo de la historia regional.

En tiempos recientes se advierte el surgimiento de una inquietud en los estudiantes de historia, nacida de la decepción que les causa el pantano ideológico que se ha creado, por obra de algunos docentes para quienes la orfandad ideológica en que los ha dejado la crisis del socialismo les mueve a actuar, ahora, como lo hicieron sus viejos aliados del academicismo tradicional en el inicio del movimiento de renovación.

Coincide esta inquietud de los estudiantes de historia con una situación social y económica de gran alcance crítico, en el cual se juega el desarrollo, y hasta el porvenir de la democracia venezolana. Se plantea, de nuevo, la necesidad de renovar la conciencia histórica de los venezolanos, esta vez liberándola creativamente de los vestigios del naufragio del socialismo autocrático, y del cuestionamiento teórico del socialismo doctrinario.

Este conjunto de circunstancias es lo que me hace pensar que, quizá, la nueva campaña de renovación de los estudios históricos en Venezuela, y probablemente en otros escenarios latinoamericanos, debe partir de un replanteamiento de la historia contemporánea.

Convencido de esta necesidad, me he permitido formular las siguientes proposiciones críticas para una nueva historia contemporánea de América Latina, las cuales presenté en un seminario realizado en la Universidad Nacional Autónoma de México.

* * *

El iniciar unas proposiciones destinadas a estimular el desarrollo de los estudios históricos, hablando de la necesidad de una nueva historia, se ha vuelto casi un mal presagio. La historia de nuestra historiografía universal, —es decir la de Europa occidental—, ha recogido una y otra vez la pretensión desmesurada, y el producto, generalmente decepcionante, de proposiciones semejantes.

Por lo general esas proposiciones han sido el resultado de una evaluación crítica de “la historiografía tradicional”. Sólo que para realizar tal evaluación solía partirse de “nuevas” posturas ideológicas, —más que metodológicas—, las cuales a su vez entraban en el escenario con aires de definitivas en cuanto a su valor científico. No lo hacían modestamente, bajo la certidumbre de que vendrían nuevos actores críticos, y todo para bien del desarrollo de la historiografía.

Si me atrevo a correr el riesgo de sumarme a esa larga lista de revisionistas de la historiografía, es porque no aspiro a fundamentar mis proposiciones en la crítica de la «historiografía tradicional», sino en los retos conceptuales y metodológicos que deberá encarar la historia contemporánea de América Latina que está por hacerse, y cuya perentoriedad se deduce de los cambios ocurridos en la totalidad del proceso histórico mismo. Es decir, no solamente de los ocurridos en “la porción contemporánea” de tal proceso. Cualquier grado de desconocimiento de la unidad fundamental de la historia, en este sentido, conducirá al fracaso de los intentos revisionistas.

Sin embargo, me es imposible eludir la obligación de responder de manera directa la pregunta: ¿Por qué es necesaria una nueva historia de América Latina? Mi respuesta puede parecer tautológica: se necesita una nueva historia de América Latina porque se necesita una nueva historia contemporánea de América Latina.

Creo que se disipa el parecer tautológico de tal respuesta si la proyecto en mi convicción, muy abonada, de que no es posible elaborar una nueva historia contemporánea de América Latina sin que ésta sea parte y función de una reelaboración crítica de la totalidad de la historia de América Latina.

Esta última afirmación no entiende prevalerse sólo de la orgánica vinculación existente entre los tiempos de la historia, esa cuya comprobación le permitió a Benedetto Croce proclamar la contemporaneidad esencial de la historia. En el caso de la historia de América Latina tal condición se basa, de manera muy objetiva, en el alto nivel de contemporaneidad que la caracteriza. Con esto quiero decir que en esa historia no es posible identificar y demarcar, convencionalmente, "tiempos pasados", en el sentido de terminados, cómo se pretende poder hacerlo en otras historias. En la historia de América Latina, más que en las historias que se desenvuelven en el muy largo período, es más fuerte e inmediata la continuidad esencial del tiempo histórico. En el presente histórico de América Latina todos los «tiempos» se hallan conjugados, no yuxtapuestos, conformando lo esencial de la dinámica histórica del conjunto.

Esta característica fundamental de la historia de América Latina hace que muchos de los criterios maestros formados por la historia contemporánea de América Latina no basten, o ya no sirvan, para comprender lo que está sucediendo en estas sociedades. Esos criterios sirvieron sobre todo para fundamentar y preservar la independencia nacional, y para apoyar la aspiración de libertad, pero no han sido igualmente eficaces para promover la democracia y procurar el bienestar de las sociedades.

Son varios y diversos los factores y circunstancias que determinan la necesidad, así presentada, de elaborar una nueva historia contemporánea de América Latina. Es notable la interacción entre ellos, de manera que sólo para fines enumerativos intentaré agruparlos desde el punto de vista de su génesis, pero sin perder de vista su carácter de resultados de los procesos de interacción interno-externa en los cuales se halla inserta América Latina:

Factores y circunstancias generados en América Latina

1º) El desarrollo de las sociedades criollas latinoamericanas ha llegado a un punto en el cual se ha vuelto indispensable una redefinición creativa de sus relaciones con las sociedades aborígenes y, por lo mismo y sobre todo, una reformulación de las correspondientes modalidades de conciencia. Esto último significa la superación de la conciencia criolla, que rige básicamente esas relaciones, y la revisión de sus tenaces expresiones y graves consecuencias, a veces agazapadas en la práctica social, hasta el punto de pasar inadvertidas aun para quienes incurrían en ellas.

Conozco las objeciones que se hacen en México a este uso del término criollo. Utilizo el término en su sentido más generalizado en América Latina. Designa al europeo, y al africano, nacidos en tierra americana, y al producto del mestizaje con la población aborígena. Pero, más que un criterio étnico, para el autor importa una forma de mentalidad, la propia de una relación de dominación respecto de las sociedades aborígenes. En este sentido, la conciencia criolla desborda los límites étnicos hasta penetrar, incluso, mestizos primarios, negros libres y aborígenes ganados por los conceptos de civilización y barbarie que aun subyacen en la ideología de la dominación.

Al asumir y fundamentar la necesidad de la sociedad criolla que señalo, la historiografía no haría sino reconocerle su valor a un fenómeno de toma de conciencia nuevo y altamente promisorio. Este es el que, en años recientes, hemos comenzado a admitir los criollos: que la solución liberal decimonónica del denominado tendenciosamente "problema indígena", consistente en la substitución formal del sistema tutelar colonial por el de la ciudadanía igualitaria, no sólo no funciona en beneficio de las sociedades aborígenes, sino que en la práctica social no hace sino prolongar el ancestral esquema de la dominación criolla sobre esas sociedades. Pero, a diferencia del estatuto colonial, la república independiente se había negado a reconocerle, aun de hecho, la condición de sociedades a las aborígenes. La condición de minorías, conformadas por individuos, se acomodaba mejor al concepto de la nación, única e indivisible, que servía de base a la república. So pretexto

de hacer reinar la igualdad, se buscaba sobre todo resguardar la nación así concebida. Para ello era necesario desalentar las aspiraciones autonómicas de algunas sociedades aborígenes que tanto temor causaron a fines del siglo XVIII.

En tiempos recientes la República de Ecuador ha tratado con los aborígenes cómo tales y no disfrazándolos de “campesinos”, sobre el uso exclusivo de grandes extensiones de tierra agrícola. El 31 de marzo de 1995 fue negociado en la ciudad de México, bajo los auspicios del gobierno de la República federal mexicana, un “Acuerdo sobre identidad y derechos de los pueblos indígenas”. Lo firmaron representantes del Gobierno de la República de Guatemala y de la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca. El 16 de febrero de 1996 fue firmado el primero de los acuerdos de paz entre los rebeldes zapatistas de Chiapas y el Gobierno mexicano.

Si algo enseña la historia de América Latina en esta materia es que no se debe caer en una suerte de ingenuo fetichismo acerca de los acuerdos entre criollos y aborígenes. El infortunio de estos últimos, y parte del estancamiento mental de los primeros, se ha alimentado de la vanidad de tales acuerdos. Pero aparecen signos nuevos. Tales son el comienzo de reconocimiento de los derechos de los aborígenes en las áreas cultural y religiosa, en las cuales la pretendida legitimidad de la dominación criolla se apoya fundamentalmente. Aun superada la etapa colonial, en la que sólo se le reconocía superstición y ritualidad, para el criollo republicano, el aborígen podía tener creencias y costumbres; nunca religión ni cultura. El compartir con éste tales valores, indiferenciadamente, zapa los fundamentos del esquema de la dominación criolla.

La naciente tendencia revisionista en estos aspectos primarios de la sociedad implantada, se aprecia en el hecho de que ya la sociedad criolla no conviene, expresa o tácitamente, con minorías sino con “pueblos”. Este es, sin embargo, sólo un paso previo al ya ineludible reconocimiento de que se trata de sociedades, de pleno derecho, que deben ser tratadas como socios, en eventuales unidades políticas plurisociales y necesariamente pluriculturales. En este sentido el Art.

3 del “Título I, Identidad de los pueblos indígenas”, del convenio guatemalteco, reza: “Se reconoce la identidad del pueblo maya así como las identidades de los pueblos garífuna y xinca, dentro de la unidad de la nación guatemalteca, y el Gobierno se compromete a promover ante el Congreso de la República una reforma de la Constitución Política de la República en este sentido”. Ciertamente que no se define la identidad, — ¿Nacional? ¿Social? ¿Cultural?— de esos pueblos, pero esto no resta importancia ni proyección al hecho de que la sociedad criolla reconoce de esta manera que no está sola en la nación.

2º) Este proceso conduce y conducirá cada día más a la actualización del concepto de Nación, y por lo mismo también a la del patrón decimonónico del Estado nacional, el cual no sólo está vigente como ordenamiento constitucional sino que ha sido reforzado de hecho, doctrinaria y militantemente, en el presente siglo, por el antiimperialismo leninista.

Este último, al igual que lo han hecho otras proposiciones ideológico-políticas, entró a saco en las historiografías patria y nacional latinoamericanas. Hizo buena presa del concepto de independencia nacional, elaborado en la prolongada disputa de la independencia, lo vació de contenido real y lo convirtió en la fuente inmediata de la relación de dependencia padecida por las sociedades latinoamericanas, triste condición de la cual sólo el antiimperialismo leninista ofrecía rescatarlas. Es oportuno reconocer que, entre los afectados por este virus historiográfico, solamente los casos más graves llegaron hasta denunciar a los promotores de la independencia como agentes conscientes de la dependencia.

3º) El adelantamiento de los procesos de integración supranacional también requiere una reformulación de los conceptos de soberanía e independencia nacionales, conformados en el ámbito de la historia nacional, y que han estado bien servidos ideológicamente por la historia oficial. Ambos conceptos desempeñaron papeles claves en el restablecimiento de la estructura de poder interna en las sociedades independientes, al igual que en la consolidación de la entidad territorial de los nuevos Estados. Sería, por lo mismo, insensato proponer que se les abandone en bloque —como lo hacen los abanderados del anti

nacionalismo—, sobre todo teniendo en cuenta la desigualdad de estadios evolutivos entre las sociedades criollas.

Sin embargo, en este terreno se ha operado un cambio dramático. Durante mucho tiempo el concepto de integración supranacional estuvo asociado a dos consideraciones básicas. Una, historiográfica, llevaba de inmediato a la evocación del que ha sido denominado el “sueño bolivariano”, interpretado como la aspiración de montar un andamiaje internacional que sirviese a la estabilidad interna y la seguridad internacional de las recién constituidas repúblicas. La segunda consideración, que ha sido en cierto grado proyección de la primera, se orientaba hacia la formación de una asociación de naciones que sirviese sobre todo de escudo frente a la hegemonía norteamericana.

Pero, ¿cómo concebir esa integración hoy, cuando la puja por atraer la inversión extranjera, entablada entre todos los países, comenzando por los ex socialistas, pareciera querer significar que el imperialismo ha perdido la ponzoña? O mejor, que bien la disimula en el nada nuevo artificio de la globalización.

4º) La reformulación de los conceptos de independencia y soberanía nacionales, hará necesario reevaluar el papel desempeñado por la relación entre factores internos y factores externos, en la evolución de las sociedades latinoamericanas independientes, tanto criollas como aborígenes. Por consiguiente también será necesario reevaluar el papel cumplido por las diversas formas de articulación con el sistema capitalista mundial, y en particular por las modalidades imperialistas. Pareciera que se impone la substitución crítica del esquema simplista que nos configuraba como países cuya economía nacional había sido subyugada y deformada por la penetración imperialista, hasta el punto de debatirse sobre si ello nos convertía en colonias o en semicolonias, o, en el mejor de los casos, en economías y sociedades dependientes.

No parece que requiera mucha argumentación el exhibir el contraste conceptual que se ha establecido así entre esa concepción, por definición adversa a la inversión extranjera, y por lo mismo enamorada de la nacionalización, y nuestro presente, en el cual la

privatización de la economía conduce, necesariamente al abandono de esas actitudes sociopolíticas.

5º) El aparente desenlace del gran debate ideológico — nacionalismo vs. imperialismo—, que ocupó casi todo el siglo XX político de las sociedades latinoamericanas, marca el fracaso operativo de las proposiciones de tomar atajos históricos para salir del subdesarrollo: socialismo, justicialismo, desarrollismo, cepalismo, ¿socialdemocracia?

La admisión programática de que el siglo XIX se saldó, con el establecimiento de una relación de dependencia, en detrimento de las nuevas repúblicas, no hizo sino acentuarse y fortalecerse en la medida en que la hegemonía norteamericana ocupaba el espacio dejado por los imperios europeos en retirada. Simultáneamente, la Revolución rusa abrió camino a la esperanza de los países que buscaban escapar de la condición de subordinación económica y política. La Revolución china fortaleció esa esperanza, pues fue interpretada, poco más o menos, como la prueba de la posibilidad de que un país que hubiese padecido en el más alto grado la situación de la que se buscaba escapar, pudiese reunir la fuerza y la determinación social y política para lograrlo, a condición de que tomase la vía del socialismo.

El socialismo fue el más atractivo de los atajos propuestos para salir de la situación que globalmente ha sido definida como subdesarrollo. Pero tomarla significaba que se abandonaba la hasta entonces vigente esperanza de desarrollarse en el marco del capitalismo europeo occidental. Entre estos polos se arbitraron atajos, terminados todos en vía muerta.

El desenlace de la primaria ilusión socialista no ha significado que los problemas que la generaron hayan encontrado solución. Por el contrario, la acentuación de éstos ha desembocado en una suerte de exasperación de la democracia, en el sentido de que la democracia es considerada cada día más como incapaz de aportar, y pronto, las soluciones esperadas por crecientes masas empobrecidas.

Ante las proposiciones supuestamente redentoras del mal llamado neoliberalismo, no cabe menos que formularse algunas

preguntas: ¿Se nos insta a retornar al inicio del camino que dejamos para tomar los atajos? ¿Con la seguridad de que ahora sí podremos transitarlo? ¿En un mundo más propicio? Son preguntas que no encuentran respuestas claras, y sobre todo directas, y que por lo mismo generan una desorientación que se torna cada día más en desesperación.

6º) Pareciera que, en las actuales circunstancias, una nueva historia contemporánea de América Latina podría contribuir a la formación de una base firme de conocimientos, que dé pie para emprender la gran tarea de superar la desorientación ideológica presente, estimulando la formulación de respuestas a próximas y ya presentes grandes interrogantes.

Comprendo que se me podría objetar el que estas consideraciones, y en particular la última, permitirían pensar que veo la historia como una suerte de remedio para males sociales e ideológicos, y no como una ciencia con objetivos y métodos propios. No es así. Pero, quiero dejar claramente sentado que, si bien no concibo una historiografía ajena a los intereses sociales, no hago de ella, tampoco, un mero instrumento para el logro de objetivos sociales. Ella brinda la oportunidad de percibir lo real social en una dimensión temporal, lo que es requisito para la comprensión de las tendencias históricas. Ahora bien, sólo teniendo clara visión de éstas es posible intentar desentrañar líneas de acción social que sean eficaces para encarar, con la creatividad requerida, las tareas de ordenamiento social, próximas y ya presentes, para las cuales no existe precedente histórico que pueda ser invocado directamente.

7º) La formación en América Latina de unidades políticas pluriculturales, en razón de la redefinición de las relaciones entre las sociedades criollas y las aborígenes; pero también en razón de los flujos migratorios masivos, ya comienza a plantear muy complejas cuestiones de reordenamiento geopolítico.

Una teoría histórica de la cultura latinoamericana, que identifica ésta con la cultura criolla, pero que asume ente ella una actitud cultora de preservación, no sólo es un lastre para el desarrollo creativo de la cultura criolla, sino que genera dificultades en la correlación

intercultural, que incluso chocan con pautas y normas de observancia internacional. Esto genera, a su vez, fricciones en cuanto a la fundamentación historiográfica de la nacionalidad y de los valores sociales y políticos inherentes a ella.

Los movimientos migratorios masivos tienden a formar áreas de confrontación social y cultural, que disparan actitudes y movimientos de creciente agresividad. El fantasma de la limpieza étnica, que campea en Europa desde el término de la Segunda guerra mundial, y que hoy hace estragos también en África y Asia, presumiblemente no ahorrará al continente americano.

Los masivos flujos migratorios, la formación de zonas fronterizas que llegan a ser, de hecho, demográfica y culturalmente binacionales, y la inminente reanudación de su curso histórico por algunas sociedades aborígenes, hoy fragmentadas en lo espacial y jurisdiccional, -a todo lo cual se añaden los requerimientos de la integración plurinacional-, confluyen en un cambio de sentido de las controversias limítrofes, arrastradas desde la ruptura del nexo colonial con España.

8º) La necesidad de un nuevo equipamiento conceptual para encarar las que he denominado complejas, y próximas y ya presentes, grandes tareas de reordenamiento social y territorial, se ve acentuada por el acelerado proceso de urbanización. Este ha abierto una brecha, cada día mayor, entre la realidad sociopolítica que se forma y la recogida por una historiografía básicamente inspirada en la evolución de sociedades agrarias, cuyos objetivos y valores han sido abusivamente extrapolados hacia lo contemporáneo, en detrimento de la comprensión histórica de las sociedades urbanas.

Parece necesario retomar el hilo de la tendencia a la urbanización, que caracterizó la fase culminante de la sociedad colonial. Esta clara tendencia fue interrumpida por la crisis estructural del proceso de implantación, y por el desarrollo de esa crisis en el marco de la ruptura del nexo colonial y de la disputa de la independencia. La historia de América Latina, y por consiguiente su historia contemporánea, será cada día más la historia de la ciudad

latinoamericana, una de cuyas abrumadoras realizaciones es la megalópolis latinoamericana.

Lo menos que se puede decir del efecto nocivo de la falta de perspectiva histórica al encarar el problema de la megalópolis, es que se pretende darle el tratamiento históricamente reservado a las ciudades. La gran urbe de la civilización industrial de fines del siglo XIX, como tampoco la de comienzos de la segunda mitad del siglo XX, no guarda relación válida con estos focos de concentración del todo social de un país.

En el caso de América Latina el cuadro se complica porque en la formación de las megalópolis todavía juega un importante papel la llamada relación campo-ciudad, generándose así un abigarrado racimo, —más que una escala—, de pisos sociales y culturales, que tiende a escapar de toda globalización conceptual.

9º) La elaboración del equipamiento conceptual, al que me he referido, se hace más difícil por cuanto ha de estar subordinada a las necesidades del tránsito, desde un sistema político democrático, hacia una sociedad democrática. Este tránsito ya está planteado en varias de las sociedades latinoamericanas, si bien en otras aun se está en alguna instancia de la instauración de un sistema político democrático.

La fundamentación histórica de una sociedad democrática exige una valoración críticamente informada del papel histórico desempeñado por los sistemas precedentes, pero también y sobre todo del cumplido por los actores sociales, comenzando por la mujer. Esta necesidad es particularmente apremiante en cuanto concierne a las sociedades aborígenes.

Pero, no es menor el esfuerzo requerido para airear las conciencias de manera que sea posible erradicar las secuelas sociales y culturales de la esclavitud de los negroafricanos.

El funcionamiento de un sistema político democrático depende en primer lugar de la suma de voluntad política que una sociedad pueda movilizar. Pero su establecimiento e institucionalización resultan básicamente de la voluntad política de la clase dirigente. No sucede

igual con la democratización de la sociedad. Esta sólo puede ser obra de la sociedad misma, si bien la dirección política puede coadyuvar a ello de manera invaluable. Pero el desarrollo de una conciencia democrática debe apoyarse en una conciencia social que esté asentada, a su vez, en una clara conciencia histórica acerca de los factores y los actores que participan de tal proceso.

Factores y circunstancias generados fuera de América Latina

1º) La crisis del socialismo autocrático, en su versión tercermundista y en su matriz, y la domesticación del socialismo puro y simple, obligan a hacer una revaluación del destino histórico del capitalismo y del imperialismo, así como de la supuesta vocación revolucionaria y al cabo socialista de los pueblos. Esta última ha sido valorada hasta ahora como determinante básico de los procesos históricos contemporáneos.

Son varias las cuestiones, de alta proyección político-teórica e historiográfica, suscitadas por la necesidad de esta revaluación. El dilucidarlas será sobre todo asunto de los especialistas en esa ciencia infusa de nuestro tiempo que llaman ciencia política. Me limitaré a asomar algunas consideraciones que estimo ineludibles para el historiador.

El trágico destino de Amílcar Cabral y Maurice Bishop, identificados con la causa del socialismo en Cabo Verde y Granada, respectivamente, estuvo determinado por sus dudas expresas acerca de la viabilidad de los pequeños estados insulares. Esa duda traducía la creciente certidumbre de los autores mencionados acerca de la impracticabilidad del socialismo autocrático como instrumento político para liquidar la pesada y arraigada herencia del colonialismo.

Ya hace mucho que para los espíritus críticos se ha disipado la creencia de que el socialismo tercermundista estaba llamado, por ejemplo, a permitirle a Cuba escapar del monocultivo de la caña de azúcar y de la entonces vista como degradante condición de lugar de esparcimiento y recreo para extranjeros y una reducida élite local, indiferentes a las privaciones padecidas por las grandes masas. Al cabo

de treinta y cinco años de fracasos, el anacrónico régimen busca medios que le permitan hacer regresar Cuba a un remedo de esa detestada condición.

2º) Como saldo natural del ciclo histórico de los grandes movimientos del pensamiento, está planteada la asimilación crítica del «marxismo», incorporándolo al instrumental teórico para el estudio del hecho social, visto en perspectiva histórica, al igual que la incorporación selectiva de sus aportes al arsenal metodológico y criteriológico acumulado de la historiografía.

Al igual que fue demasiado alegre, históricamente, la proclamación del fin del socialismo, como consecuencia del desplome casi total de los regímenes socialistas autocráticos, así ha sido científicamente irresponsable el colegir de ello el fin del «marxismo», particularmente en cuanto a su valor instrumental para el estudio de la lo social, en un sentido histórico integral. Obviamente, no es menos alegre ni irresponsable el simular creer que el “marxismo” ha salido incólume de esta crisis. Lo único que parece comprobado, en uno y otro caso, es que tanto el socialismo como el “marxismo” han seguido y están siguiendo el curso histórico normal de las doctrinas políticas y de las metodologías científicas.

3º) Para realizar tal asimilación crítica del «marxismo» será necesaria la reubicación de lo económico en la comprensión y explicación de lo histórico. La historia económica no es toda la historia, como tampoco la estadística comentada es la historia económica, pero es obvio que no se puede hacer historia integral subestimando el hecho económico, como hecho social.

Probablemente el quid de la cuestión está en que se ha llegado al exceso, por no decir el craso error, de despojar al hecho económico de su naturaleza social, por la vía de la sobrestimación de lo que puede ser cuantificado. Comprendo que esta explicación parece simplista. Pero creo que conviene no desdeñarla, pues podría ayudarnos a repensar algunas cosas que hemos dado por obvias, como por ejemplo el comprender que la lógica de lo económico es sólo parte de la lógica de la historia, y que ésta es la de los pueblos.

4º) Pero ha de observarse la circunstancia de que si bien estamos todavía en el umbral de una genuina historia universal, lo ya adelantado en esa dirección lleva a pensar que la revisión crítica de la concepción europea occidental de la historia universal es necesaria, no sólo para la comprensión del desempeño universal de América Latina, sino también para la reubicación histórica de las sociedades aborígenes.

Este es, quizá, el más apretado nudo de la red de creencias y prejuicios que constituye la conciencia criolla, pues en él se centra la condición de “dominador cautivo” que vive el criollo latinoamericano. Es decir, la que lo configura como el dominador de sociedades aborígenes, que él creía destinadas a extinguirse como tales, pero dominador que está dominado, a su vez, por su vehemente sumisión a los patrones culturales europeos occidentales, en los cuales funda su dominación. Pero esta subordinación, querida y necesaria, mantiene al criollo en una condición de europeo de segunda. Al mismo tiempo queda obstruida buena parte de la capacidad creativa del criollo, en la medida en que su subordinación a lo europeo lo induce a temer la influencia de formas culturales que puedan modificar el esquema de su dominación, y en especial la ejercida por él sobre las sociedades aborígenes.

Pero, sobre todo, la condición de “dominador-cautivo”, así conformada, tiene perversas consecuencias en la medida en que le vela al criollo su propia realidad como ente histórico. En esto consiste el mayor rigor de su cautiverio.

5º) Los cambios ocurridos en este fin de siglo, algunos de ellos desmesurados en cuanto a su profundidad y celeridad, parecen recomendar el que se emprenda el rescate crítico de la significación de la dimensión espiritual de lo histórico, cuyo papel se acentúa en función de la presente crisis de las ideologías y del auge de la religiosidad. Pero no es menor el reto planteado, en este sentido, por formas de conciencia que encierran probables claves del futuro, como son las que tienen que ver con el ambiente y con el respeto debido a la condición humana.

Estoy consciente de que al hacer este planteamiento me adentro en terrenos especialmente complejos, de muy difícil concreción conceptual. Me limitaré a sugerir que se tengan en cuenta las siguientes proposiciones:

a. Si bien en muchas épocas ha podido hablarse de “crisis de las ideologías”, pareciera que la segunda mitad del siglo XX permite hacerlo con especial propiedad, tanto por la gran variedad de proposiciones ideológicas en crisis, como por la intensidad de las confrontaciones que han generado.

b. Prueba adicional podría ser, quizá, el hecho de que más que en otros tiempos incluso las religiones han procurado expresamente el revestir formas activas, organizadas y sistemáticamente ideológicas: la teología de la liberación, los fundamentalismos de todo género, los movimientos sectarios, son ejemplos suficientes. Algunos ven en esto signos propios del milenarismo, pero este es asunto que se me escapa.

c. El grado de desconcierto intelectual y ético así alcanzado abre las avenidas a la evasión: religiosa, sectaria, para-delictiva, francamente delictiva o auto destructiva. Pero el hecho fundamental es que genera una necesidad de definición, y una urgencia de orientación, que plantean un reto a la creatividad intelectual. Posiblemente una nueva historia de América Latina, que conduzca a una nueva historia contemporánea de América Latina, puede ser un aporte de cierta significación a la conformación de una base de partida para esa **búsqueda creativa**.

d. El desnivel histórico acumulado entre las sociedades criollas latinoamericanas y las sociedades europeas más desarrolladas, en lo concerniente al cuidado del ambiente natural y al respeto debido a la condición humana, suscitará complejas cuestiones de relacionamiento económico, político y cultural, cuyo acertado tratamiento pasará por la formación de nuevas formas de conciencia, cuya trascendencia práctica estará vinculada con la identificación y ponderación crítica de determinantes sociohistóricas.

6°) Los acontecimientos del último medio siglo aconsejan la revisión crítica de los postulados del progresismo historiográfico. Este ha llevado a vincular la marcha del proceso histórico sola o preferentemente con la noción de cambio, entendida a su vez, de manera más bien programática, como transformación revolucionaria. Más aún, el progresismo historiográfico ha llevado a tomar como medida del

cambio histórico el ritmo de la historia europea occidental. Esta prejuiciada visión estorba el juego de una comprensión integral del proceso histórico, que tome en cuenta la especificidad de las sociedades. También impide una cabal concepción universal de la historia y ha alimentado una percepción deformada de la relación entre las sociedades, sirviendo así de criterio legitimador de las modalidades de sometimiento y explotación.

Parece haberse comprobado que el progresismo en la comprensión de la historia tiende a derivar hacia el totalitarismo en lo ideológico, y por ende a servirlo en lo social y en lo político. Lleva a más: induce a confundir la coexistencia esencialmente histórica de lo invariante y lo cambiante con formas estratégicas de tolerancia. De hecho, en el caso de las sociedades subdesarrolladas latinoamericanas, sean criollas o sean aborígenes, el subestimar la racionalidad sociohistórica de lo existente desalienta los esfuerzos de genuina superación creativa. El procesamiento crítico de esa racionalidad permitiría articularla eficazmente con el cambio, y esto es inalcanzable sin practicar también una aproximación histórica a lo existente.

En la disputa sobre las causas del atraso de las sociedades implantadas latinoamericanas han llevado la peor parte las sociedades aborígenes, pues su ritmo histórico difiere del europeo occidental, que es tomado como criterio de evaluación por el criollo “dominador cautivo”.

7°) La comprensión de la ya perceptible transformación de las relaciones de todo orden entre las sociedades latinoamericanas, refuerza la reivindicación de los fueros de la historia concebida como la ciencia social integral, lo que obligará a adoptar un nuevo diseño formativo del historiador.

En momentos cuando se ha pretendido que la historia vive su fin, ésta se enriquece con una complejidad tal que obliga a replantearse cuestiones de criterio y de método que tocan y habrán de transformar los fundamentos críticos de la historiografía. Ya no parece razonable proponer nuevas doctrinas simplificadoras para la comprensión del hecho social, situado en una perspectiva temporal. La captación no traumática en lo conceptual de la intrincada naturaleza del hecho social,

requiere del concurso de un vasto arsenal científico, del cual no es posible excluir ninguna rama. El historiador, concebido como científico social integral, habrá de estar capacitado para identificar cuestiones, para percibir su complejidad y para determinar los auxilios científicos que permitirían intentar su cabal comprensión.

8º) La concepción de la historia como una ciencia social integral no significa sólo el practicar una aproximación historiográfica que sea esencial y funcionalmente integradora de los diversos componentes del hecho social, sino también el que esa aproximación obedezca a una nueva concepción del tiempo histórico, en el sentido de que supere las convencionales fronteras entre pasado, presente y futuro y abra, por lo mismo, la posibilidad del ejercicio de la prospectiva.

Sólo la llamada historia, si goza de menos crédito, entre los historiadores patentados, que la pretensión de una historia prospectiva. Entre las groseras afirmaciones de que el pasado lo determina y lo explica todo, y de que el pasado nada determina ni explica, cabe introducir una posible explicación de la condición todavía incipiente de la prospectiva histórica.

Consiste en que se ha intentado hacerla partiendo de una concepción de la historia ya desbordada por la dinámica de un hecho social cuya naturaleza ha ganado en diversidad y complejidad. Un intelecto formado y entrenado en la ponderación de esos rasgos esenciales del hecho social, estará más cerca de la percepción de la dinámica de la historia y podrá, por lo mismo, proyectar con cierto grado de acierto las tendencias que detecte.

9º) ¿Avanzaríamos así hacia la convicción de que toda la historia, y en especial la historia contemporánea, es una de las formas de aproximación al conocimiento del porvenir, motivación esencial de la actividad indagatoria, en lo científico, pero también expectativa vital profunda en lo social y en lo individual?

Sin comentario.

Praga, febrero-marzo de 1996 - febrero-marzo de 1998.

Germán Carrera Damas

Venezolano, nacido en Cumaná en 1930. Profesor de la Universidad Central de Venezuela (Caracas). Dirigió la Cátedra Simón Bolívar en las Universidades de Cambridge (Inglaterra) y Colonia (Alemania), fue miembro del Woodrow Wilson International Center for Scholars (Washington), profesor visitante de las Universidades de las Naciones Unidas y Florida, ejerció la Presidencia del Comité de Redacción de la Historia de América Latina de la UNESCO y fue embajador de Venezuela en México, Suiza, Colombia y la República Checa hasta su jubilación del servicio exterior venezolano. Integró la Comisión Presidencial para la Reforma del Estado y la Comisión para el Estudio del Proyecto Educativo Nacional. Su sólida y reconocida obra como historiador está expresada en una cuarentena de títulos con varias ediciones.

Resumen

Desde su experiencia en diversos ámbitos, el autor de este artículo ofrece algunas perspectivas para acometer la renovación de los estudios históricos contemporáneos de América Latina, partiendo de ejemplos directos vividos en la reforma curricular que se dio en la U.C.V. de Caracas, en la década de los sesenta. Para hacer esas propuestas Carrera Damas, además, analiza las particularidades sociales, históricas y culturales propias y foráneas que intervienen en la conformación de los pueblos latinoamericanos, en cuyo marco y en correspondencia con el cual habrá de hacerse la renovación de los estudios de Historia Contemporánea de América Latina.

Palabras Claves: Venezuela, América Latina Contemporánea, Historiografía

Abstract

From his experience in several scopes, the author of this paper offers some perspectives to attack the renovation of the contemporaneous historic studies of Latin America, starting from direct examples lived in the curricular reform of the U.C.V in Caracas, in the 1960's. To do that proposals, Carrera Damas, analyzes, moreover, the social, historic and cultural particularities, the own and foreign ones, that intervene in the conformation of the Latin-American peoples, in that frame and in correspondence with this, it will must be done the renovation of the studies of Contemporaneous History of Latin America.

Key Words: Venezuela, Latin America, Historiography